

Truco o Trato

Sònia S.



Capítulo 1

SINOPSIS EXTENDIDA

Tras ser descubierta utilizando magia negra para realizar maléficos rituales y sacrificios humanos con niños con el objetivo de hallar la inmortalidad, la bruja Eternia es acusada oficialmente de asesinato y brujería. El 31 de octubre de 1650, los habitantes de Darkville reclaman justicia y venganza por sus hijos cruelmente asesinados, y que mejor forma de hacerlo que ejecutando a la malvada hechicera. Pero antes de que lleguen sus coléricos vecinos a la cabaña donde ella reside, Eternia y su fiel ayudante Knor consiguen transmitir sus espíritus a unos simples muñecos de tela y paja.

365 años después, en plena fiesta de Halloween, una jovencita va pasándose por todas las casas de Darkville pidiendo el famoso «Truco o Trato». A medianoche se adentra en un bosque sombrío lleno de terrores y horrores. Y sus equivocados pasos la conducen hasta una siniestra cabaña que esconde oscuros misterios y peligrosos secretos, así como a dos inquietantes seres diabólicos que llevan anhelando su llegada desde hace más de 300 años.

¡TRUCO O TRATO!

Y tú, ¿qué eliges? ¿Te atreves a jugar?

☐ — ☐●○ ☐ ○●☐ — ☐

AVISO

ESTA OBRA ES TAN SOLO UN BORRADOR

RELATO INSPIRADO EN LA CANCIÓN «TRICK AND TREAT» DE VOCALOID, Y EN EL CUENTO TRADICIONAL «CAPERUCITA ROJA» DE CHARLES PERRAULT

QUEDA TOTALMENTE PROHIBIDO EL PLAGIO DE ESTA OBRA ASÍ COMO SU ADAPTACIÓN Y DIVULGACIÓN POR OTROS MEDIOS SIN EL PREVIO CONSENTIMIENTO POR ESCRITO DE LA AUTORA. SI LO HACES, RECUERDA QUE ESTÁS COMETIENDO UN GRAVE DELITO Y PUEDES SER SANCIONADO POR ELLO. RESPETA LOS DERECHOS DE

AUTOR, LA CREATIVIDAD Y EL ESFUERZO AJENOS

**POR OTRO LADO, QUEDA ADVERTIDO EL CONTENIDO VIOLENTO
QUE PUEDE MOSTRARSE EN ALGUNOS CAPÍTULOS, ASÍ QUE LEE
CON PRECAUCIÓN Y DISCRECIÓN**

GRACIAS

~ ESCRITO EN 2015

~ REVISADO Y EDITADO EN 2017

Capítulo 2

30 DE OCTUBRE DE 1650

«Daría lo que fuera si sólo el retrato envejece, mientras yo permanezco joven. Y sí, también mi alma».

—«El retrato de Dorian Gray» de Oscar Wilde

□ — □ ● □ ● □ — □

Darkville, 1650

Dicen que las noches sin luna son las mejores para practicar el arte de la Nigromancia. Especialmente, la del 31 de octubre de 1650 era perfecta para sumergirse en los siniestros secretos de la magia negra, que no era más que una rama de las muchas que poseía la Hechicería. Era una noche cerrada, oscura y fría de finales de octubre; una noche sin estrellas ni luna.

Noche de brujería, de terror, de misterios que se desvelaban al mundo y de secretos que todavía se negaban a ser descubiertos. Noche de malévolos anhelos, de fantasías ocultas y sobre todo, de magia.

Noche de Brujas, de Hombres Lobo, de Vampiros y de criaturas del Más Allá, que vagaban errantes entre nuestro mundo y el Otro Lado.

En teoría, una noche perfecta para Eternia.

(***)

Darkville

30 de octubre de 1650

Eternia era una mujer que vivía en las afueras de Darkville, un pequeño poblado de no más de 350 habitantes. Concretamente, vivía en el corazón del bosque que rodeaba la aldea y que hacía frontera con el pueblo vecino. La mujer residía en una diminuta cabaña, mucho más pequeña por

fuera de lo que era por dentro.

Aislada de la sociedad y del mundo entero, Eternia tenía fama de mujer poco sociable, excéntrica, peculiar y misteriosa. Pero sobre todo, tenía fama de bruja.

Y es que, desde su llegada al pueblo varios años atrás, un conjunto de sucesos increíbles y desagradables habían sucedido: épocas de terribles inundaciones seguidas de largas épocas de interminables sequías, pérdida de cultivo y ganado, catastróficas enfermedades y para colmo, las desapariciones.

Sí, las desapariciones de niños y niñas era un fenómeno que azotó fuertemente al pueblo. Ya nadie dejaba salir solos a sus hijos e hijas sin la compañía de un adulto, no podían alejarse demasiado de sus casas y siempre alguien debía estar supervisándolos. Antes de que se pusiera el sol, todos los pequeños debían estar guardados en sus respectivos hogares.

Las desapariciones de chiquillos en Darkville trajeron tal revuelo que se abrieron investigaciones, y gracias a ellas se pudo descubrir que los desaparecidos eran niños y niñas con una edad comprendida entre cinco y once años, y todos gozaban de buena salud.

En un intento desesperado por descubrir cuál era la causa de la desaparición de los niños, y sobre todo, averiguar quién era la persona que los raptaba de manera silenciosa y tan rápida sin dejar un rastro ni huellas, se realizaron todo tipo de interrogatorios, largas búsquedas organizadas y furtivas por los alrededores y los poblados vecinos, y se implantaron todo tipo de normas estrictas que implicaban la supervisión de los pequeños y velar por su seguridad. Todos los habitantes se miraban entre sí con desconfianza y hostilidad: cualquiera de sus vecinos podría ser el secuestrador de sus hijos.

Evidentemente, tras dichas desapariciones no volvieron a ver a esas criaturas. Con lo cual, al final las investigaciones tocaron fondo y finalizaron, y el caso quedó cerrado.

Sin embargo, no fue hasta la noche anterior del 31 de octubre, cuando un joven leñador que se hallaba en el bosque, se introdujo más de la cuenta en él y descubrió algo realmente revelador.

Cuando el muchacho narró los hechos ante las autoridades de Darkville contó que estaba finalizando su ardua labor de talar leña, cuando de repente escuchó unos pasos acercándose lentamente y que por ello se ocultó tras unos matorrales, pues en un principio pensó que el causante de dichos ruidos bien podría tratarse de un feroz oso pardo o de un salvaje lobo, puesto que en el bosque de aquella aldea abundaban este

tipo de bestias. Sin embargo, el chico no vio nada de eso. Lo que se revelaba ante él era una imagen más inquietante de lo que se había imaginado.

Entre la espesura del follaje de los arbustos y gracias a las últimas luces del atardecer, el muchacho pudo deducir la figura borrosa de un hombre grande y corpulento que iba envuelto en una capa oscura cuya capucha le tapaba el rostro y lo dejaba sumido en las tinieblas. Pero lo más preocupante era que transportaba a una chiquilla que parecía estar dormida y la llevaba cargada al hombro como si fuera un saco de patatas.

El joven, temeroso a la par que curioso, se dispuso a seguir cautelosamente a ese individuo... que se dirigía nada más ni nada menos que hacía la casa de la Bruja del Bosque.

Una vez allí, el chico se acercó cuidadosamente a la vieja cabaña y se encaramó hacia la pequeña y polvorienta ventana de la casa para poder ver lo que ocurría en su interior.

Dentro de la cabaña, un par de diminutos fuegos ardían levemente en dos candelabros e iluminaban tenuemente la estancia, dándole un aspecto tétrico y aterrador. Se trataba de una habitación cuadrada que disponía de una pequeña chimenea que se hallaba apagada en esos momentos, un par de sillas y una gran mesa rectangular. En la mesa se podían ver varios frascos de vidrio que contenían varias sustancias y líquidos de diversos colores. Asimismo, había un par de tijeras afiladas, unas tenazas enormes y un hacha. Los tres objetos se hallaban cubiertos de sangre reciente, así como el resto de la mesa por donde la sangre llegaba a su borde y goteaba lenta y constantemente hacia el suelo, emitiendo un casi inaudible plic cada vez que las gruesas gotas húmedas tocaban tierra y formaban un gran charco escarlata. También se podían observar desparramados por toda la mesa y parte del suelo varios mechones de cabello de todos los colores posibles. El muchacho centró entonces su atención hacia las paredes: se hallaban cubiertas de estanterías que contenían libros de todos los grosores y tamaños, macetas con plantas que nunca había visto cuyas flores eran muy peculiares y desconocidas para él. Además, había varias velas aromáticas y cirios que contenían inscriptos extraños símbolos —algunos estaban encendidos, otros apagados—. El joven pudo distinguir algunas calaveras que le sonreían malévolamente desde los estantes con su sonrisa muerta y las cuencas de sus ojos vacías y oscuras, mirándole fijamente, como si se hubieran dado cuenta de su presencia. Pero lo más aterrador fue contemplar las docenas de animales muertos y disecados que se apilaban en los estantes: la mayoría eran gatos y cuervos.

En ese momento, el joven leñador limpió un poco el cristal de la ventana con la manga de su camisa, pues el polvo le dificultaba la visión de la sala. Después, volvió a fijar la vista y vio que en la estantería había más frascos

de los cuales pudo distinguir, aterrorizado, su contenido. Se trataban de frascos que contenían ojos, lenguas, uñas, mechones de cabello, corazones, cerebros, sangre, hígados, intestinos... En definitiva, todo un desparrame de vísceras y entrañas.

«¡Por Dios! ¡Menuda aberración! Desde luego, esa mujer es una bruja. Debo informar inmediatamente a las autoridades para que la detengan. Tal vez, incluso me ofrezcan una recompensa por haberla descubierto...» pensó animadamente el chico, mientras se imaginaba cargado con un montón de oro, viviendo en una gran casa lujosa, luciendo caros ropajes de príncipe y siendo alabado por todos los habitantes de Darkville, que lo congratulaban y lo señalaban como «el héroe del pueblo» gracias al cual habían detenido y ejecutado a la malvada Bruja del Bosque.

Pero estos pensamientos desaparecieron rápidamente en cuanto el joven leñador vio aparecer en la habitación a aquel gigante con la chiquilla todavía cargada al hombro. El siniestro sujeto se encontraba de espaldas a la ventana, así que el chico no le pudo ver la cara cuando éste se retiró la capucha que cubría su rostro. Tras un leve momento de vacilación, el hombre hizo un hueco en la mesa y depositó allí a la niña. La chiquilla continuaba dormida y no aparentaba tener más de ocho años.

El muchacho observó su pálido rostro y sus largas trenzas rubias cubiertas de hojas verdes, y entonces se dio cuenta de que la conocía: se llamaba Miriel y era la hija del panadero y de su difunta esposa, muerta dos años atrás a causa de la terrible enfermedad que azotó a la aldea. Recordaba a esa pequeña con cariño, pues ayudaba en la panadería de su padre y muchas veces le había vendido el pan. Además, era amiga de su hermano pequeño.

«Mike» pensó tristemente el muchacho. Su hermano menor había desaparecido misteriosamente dos semanas atrás y nadie movía un dedo para buscarlo. Desde que el caso de las desapariciones se dio por cerrado, nadie se atrevía a investigarlas por su cuenta y lo único que hacían los pueblerinos era lamentar sus propias desgracias —y las ajenas— cuando algún chiquillo inocente desaparecía repentinamente.

En aquel instante, el chico vio a una mujer en la habitación. Estaba situada de pie al lado de la chimenea junto a un gran atril de madera que reposaba un enorme y grueso libro. La fémina no era más que una anciana horrenda y decrepita de rasgos poco difuminados: ojos pequeños y oscuros como pozos sin fondo, nariz ancha y aguileña cubierta de verrugas, orejas gigantescas, piel arrugada de color ceniza, escasos cabellos largos y grisáceos. Iba envuelta en viejos y sucios harapos que le quedaban demasiado grandes en su raquítico y encorvado esqueleto.

La anciana con un gesto brusco alzó los brazos y el libro se abrió de sopetón. Las páginas comenzaron a pasarse solas de manera vertiginosa.

Hasta que de pronto, todo volvió a la calma: las hojas del libro dejaron de moverse y quedó abierto por una página en concreto.

La página que Eternia, la Bruja del Bosque, necesitaba para realizar su ritual de Sacrificios Humanos. La página que contenía el hechizo único de la juventud, la belleza eterna y... la inmortalidad.

Eternia deseaba ser eterna, inmortal. Y lo deseaba a toda costa. Llevaba 150 años intentando, por todos los medios, alcanzar su sueño: dar con la clave del éxito que se hallaba en ese conjuro de El Libro de las Sombras. Debía hacer sacrificios humanos, sobre todo con niños puesto que su inocencia, su pureza y su tierna infancia hacían más factible el conjuro. Sin embargo, algo fallaba, pues era cierto que rejuvenecía de golpe decenas de años y que era inmune a todo tipo de enfermedades, pero... el hechizo no duraba mucho tiempo y al final se volvía en su contra. Seguía sin ser joven, bella y eterna.

Pero presentía que esa oscura noche de 30 de octubre de 1650, su vieja vida terminaría y comenzaría una nueva siendo la joven y bella Eternia la Eterna, la Inmortal. Esa noche, al fin, lo conseguiría... Aquello por lo que llevaba luchando, investigando y soñando 150 años. Al final, ningún sacrificio habría sido en vano, y menos aún, los que iba a llevar a cabo esa misma noche.

La anciana, de un solo movimiento hizo que el fuego se encendiera en la chimenea, iluminando así un poco más la estancia.

El muchacho dio un respingo, dado que no había visto nunca a nadie encender el fuego de aquella manera. Definitivamente, aquello era magia.

Y ella, una bruja.

La Hechicera introdujo un enorme caldero en la chimenea, lo llenó de agua y lo dejó a hervir al fuego. Después comenzó a verter los líquidos de diversos colores que había en los frascos de vidrio que estaban encima de la mesa, y también añadió algunas hojas de aquellas extrañas plantas que adornaban su hogar. Luego lo revolvió todo con un enorme cucharón a la vez que recitaba una sarta de palabras que el muchacho desconocía y que nunca antes había escuchado.

El chico se apegó más al cristal de la ventana e hizo de tripas corazón para contener un grito cuando vio lo que ocurrió a continuación.

Mientras que la vieja Nigromante removía contantemente la peculiar mezcla del caldero, su misterioso acompañante—¿quién sería? ¿Acaso era su sirviente?— se dirigió a las estanterías y cogió algunos frascos concretos. Después, se untó los dedos con algunos potingues de colores

de los frascos y empezó a dibujar extraños símbolos en la piel de la niña, mientras que murmuraba una retahíla de palabras de alguna lengua tan antigua como el Universo. Acto seguido, tomó las tijeras y empezó a cortar el pelo a la pequeña, lo más corto posible. Los largos mechones de cabello rubio se desperdigaron por la mesa y por el suelo, y en cuanto hubo terminado de cortar el pelo, el hombre los agarró y los metió dentro del frasco que contenía más mechones de otros cabellos. Luego, con las mismas afiladas tijeras, le hizo a la chiquilla cortes largos y profundos en la carne de los brazos, las piernas y el cuello, los cuales empezaron a sangrar intensamente. Seguidamente, el sanguinario sujeto cogió el frasco que contenía la sustancia roja y lo relleno con la sangre de esa pobre criatura. Más tarde, con unas tenazas en las manos, procedió a arrancarle todas las uñas de las manos y los pies, y finalmente, hizo lo mismo con sus dientes. Por último, separó en un montoncito las uñas de los dientes y vertió cada elemento en su frasco correspondiente.

El muchacho contenía la respiración tras el cristal. Estaba aterrorizado, nunca en su vida había pasado tanto miedo como aquella oscura noche de finales de octubre. Lo que aquellos dos engendros del mal estaban llevando a cabo en su casa era un asesinato en toda regla. Sentía que debía hacer algo, entrar allí y ayudar a esa niña, tal vez... Pero, ¿cómo? Él no podía hacer nada contra esos dos diabólicos seres, puede que incluso acabara con un final tan trágico como el de esa inocente cría, o peor aún. Lo único que podía hacer era seguir observando la horrible y sanguinaria escena tras la ventana.

El varón continuó con el ritual del Sacrificio. Aún de espaldas a la ventana, extrajo de su capa oscura un largo y afilado cuchillo cuyo frío metal brillaba gracias a la tenue luz que iluminaba la habitación, y se colocó delante de la niña. Tras unos leves instantes que al joven leñador se le hicieron eternos, solo pudo observar como el hombre alzaba, movía y agitaba su brazo en dirección al rostro de la niña. Y cuando por fin se apartó de ella, el muchacho vio el horroroso rostro de la pequeña Miriel: aquel monstruo que la había raptado le había sacado los ojos, dejando al descubierto dos cuencas vacías y oscuras como el abismo que derramaban sangre que caía como espesas lágrimas sobre su pálido rostro. El cuerpo de la infante estaba de frente a la ventana y parecía que su tétrico rostro de mirada vacía y sangrante miraba fijamente al chico, lanzándole miradas inquisidoras y acusadoras, como queriéndole gritar sin palabras: *«¡Cobarde! ¡No te quedes ahí parado y haz algo! ¡Tú puedes evitar esto! Si no haces nada para impedirlo, ¡serás igual de culpable como estos asquerosos monstruos asesinos sin escrúpulos!»*.

El muchacho agitó la cabeza para apartar esos terribles pensamientos. Estaba asustado, mareado y agotado. Tanto, que le parecía escuchar en su cabeza la voz furiosa de una pobre chiquilla moribunda sin uñas, dientes ni ojos... Pero eso no tenía ningún sentido; nadie podía culparle de los terribles actos que estaban cometiendo aquellos dos seres diabólicos.

Nadie podía criticarle, incriminarle ni reprocharle nada sobre aquellas atrocidades porque, al fin y al cabo, ¿qué podía hacer él?

El siervo de la bruja depositó en el frasco correspondiente el par de ojos verdes de Miriel y se dirigió de nuevo a ella, con el cuchillo afilado y sangrante en mano. Después, colocó los brazos de la niña en cruz y alzó el terrible cuchillo sobre su cabeza a la vez que continuaba recitando las extrañas palabras del ritual... para luego hacerlo descender rápidamente y clavarlo profundamente en el pecho de la chiquilla. Unos instantes más tarde, el hombre extrajo del diminuto cuerpecillo un pequeño corazón, que curiosamente, todavía latía. Introdujo el corazón en el frasco que contenía más corazones, y luego, le preguntó algo a la anciana decrepita. Ésta solo asintió secamente y puso los ojos en blanco, y su siervo volvió a prestar atención al rostro sin vida de la pequeña.

«Y ahora, ¿qué más va a hacerle? ¡Ya la ha destrozado!» pensó horrorizado el joven. Contenía la respiración y sus pulmones ardían y le reclamaban aire. Pero le daba miedo realizar cualquier movimiento por leve que fuera, por si acaso aquellos dos monstruos lo descubrían espiando.

En el interior de la casa, el oscuro sujeto, con cuchillo en mano, volvió a decorar la cara de la niña. El muchacho contempló, asqueado, la tétrica sonrisa sangrante que aquel desgraciado le había perfilado en la cara y que le llegaba desde las comisuras de los labios hasta las orejas.

Una sonrisa eterna.

El hombre comenzó a reírse estruendosamente, evocándole así al joven leñador el brusco ruido de rocas desprendiéndose de una montaña, chocando entre ellas, rodando, y cayéndose al vacío. La bruja secundó la carcajada y le indicó que le trajera todos aquellos frascos a la vez que los señalaba con un dedo larguirucho y huesudo, sin dejar de mover la peculiar mezcla del caldero.

Mientras que vertía en el caldero el contenido de aquellos frascos —cabello, dientes, uñas, sangre y corazones—, la vieja Hechicera lo iba removiendo todo con su gran cucharón, a la vez que pronunciaba extrañas palabras. De pronto, el contenido del caldero empezó a burbujear y a desparramarse por el suelo, y un fuerte viento helado invadió la estancia haciendo que las hojas de las plantas se agitaran, los libros se abrieran de sopetón y sus páginas comenzaran a pasarse sin parar, los frascos y las calaveras de las estanterías se cayeran al suelo produciendo un ruido seco, los ropajes de la bruja y su siervo revolotearan y se agitaran furiosos en todas direcciones, y por último, que el fuego de los candelabros y de algunos cirios se apagaran.

La habitación se hallaba casi en la penumbra, iluminada solo por el fuego de la chimenea. Así, el muchacho pudo ver como aquella horrenda mujer extraía en un pequeño cuenco una porción de aquella asquerosa mezcla, y tras soplar e inspirar brevemente su aroma, se lo llevó a los labios y se lo bebió todo de golpe. Luego, se pasó la lengua morada por sus rugosos y ásperos labios y lanzó al aire una media sonrisa desdentada.

Al chico se le encogieron las entrañas. Todo aquello era demasiado asqueroso, demasiado cruel, espantoso, horrible y sanguinario. Todo lo que había presenciado en aquella habitación había sido demasiado para él. En ese momento tuvo la imperiosa necesidad de darse la vuelta y huir, salir corriendo de allí sin mirar atrás y olvidar todo lo que había visto. Pero en eso se equivocaba: jamás podría olvidar lo que había vivido aquella oscura noche de octubre de 1650... Jamás podría olvidar la sangre, las vísceras ni las entrañas. Jamás podría olvidar las sonrisas maquiavélicas de las calaveras ni la de la pobre Miriel, que ahora no era más que un pequeño cadáver roto, sangrante y olvidado encima de una mesa de cocina. Jamás podría olvidar a la temible bruja ni a su siniestro siervo. Pero sobre todo, jamás olvidaría lo que iba a pasar a continuación...

Porque en aquel preciso instante, la vieja Hechicera lanzó un agudo alarido de dolor y estrelló el pequeño cuenco contra el suelo, donde se hizo añicos. Dando traspiés y tropezando con todo aquello que se hallara en el suelo, la bruja consiguió llegar hasta la mesa y apoyarse en ella mientras respiraba fatigosamente. Su siervo intentó acercarse a ella y sostenerla, pero la Nigromante, con una fuerza superior a la de cualquier hombre, lo empujó con una sola mano y lo estampó contra una de las estanterías, que se derrumbó totalmente. La anciana se cubrió la cabeza con la capucha de su deshilachada capa y cayó al suelo de rodillas, encogiéndose sobre sí misma, sin dejar de gritar y sollozar.

Pero lo peor estaba por llegar: de pronto la bruja se vio rodeada por un conjunto de seres espectrales, transparentes y etéreos como el viento, que revoloteaban y danzaban de manera vertiginosa a su alrededor, manteniéndola encerrada dentro del círculo que ellos mismos habían creado. El muchacho juró haber visto a una de aquellas criaturas salir del cuerpecillo de Miriel, pero estaba tan mareado y asustado que ya no sabía ni lo que veía. El caso es que todos aquellos espíritus se infiltraron uno por uno en el cuerpo de la anciana, que quedó totalmente tumbada en el suelo, sin moverse ni hacer señales de vida. Inerte.

«Está muerta. Ya está, la bruja ha muerto y no hay de qué más preocuparse...» pensó el joven leñador, intranquilo. Sin embargo, nada de eso había terminado. Al contrario, acababa de empezar.

De pronto, el cuerpo de la Hechicera comenzó a moverse y a convulsionarse, en busca de aire. Cuando por fin su respiración se estabilizó y empezó a respirar con normalidad, procedió a levantarse

lentamente, hasta que por fin quedó de pie.

El chico la contempló boquiabierto: ¿dónde había ido a parar la vieja, horrenda y decrepita anciana? La mujer que veía ahora era todo lo opuesto a aquella miserable bruja. En su lugar había una mujer joven que tendría alrededor de veinticinco años. Su cabellera negra como el ala de un cuervo y ondulante como las olas del mar le llegaba hasta la cintura y enmarcaba su pálido y hermoso rostro, que parecía haber sido esculpido por los ángeles. Sus grandes ojos negros como el firmamento relucían y brillaban de alegría cuando, maravillada, se palpaba el rostro con las manos y ya de paso también las contemplaba: manos finas y suaves, blancas como la nieve y de uñas bien cuidadas con un sano color rosáceo. Sus labios rojos como los pétalos de una rosa se curvaron hacia arriba, en una radiante sonrisa rebosante de felicidad.

La bella mujer, contenta, dio varias vueltas sobre sí misma, y sus harapos comenzaron a arder y a tornarse en cenizas. En su lugar, apareció su nueva vestimenta: un precioso vestido negro de encaje y vaporoso, con varios volantes y un temible escote. Luego, se dirigió hacia donde aquel hombre se hallaba tirado en el suelo y aprisionado por una gran estantería. La mujer, de una fuerte patada, lanzó el enorme mueble al otro extremo de la habitación, donde chocó contra la pared y se partió en pedazos. Después, tendió una mano al gigante y de un solo tirón lo incorporó. La fuerza de aquella muchacha era sobrehumana.

El chico estaba sorprendido. Así que aquella vieja bruja se había convertido de golpe y porrazo en aquella fémina tan hermosa... Pero eso no debía ocurrir. Nadie podía ni debería hacer eso. Atentaba contra el ciclo de la vida, ¿no? Era antinatural, inhumano.

Era brujería.

Debía avisar a las autoridades enseguida.

Se disponía a echar un último vistazo a la habitación antes de irse, y en ese mismo instante vio al hombre corpulento señalar el cadáver de la pequeña Miriel. La hermosa mujer solo se encogió de hombros y señaló un rincón de la habitación que se hallaba casi en la penumbra absoluta. El muchacho observó, aterrorizado, cómo se apilaban decenas de cuerpos muertos, maltratados y torturados, rotos y sangrantes de chiquillos. Sus cadáveres se apilaban en ese rincón de la pared, y todos presentaban síntomas de haber poseído una muerte idéntica a la de Miriel: cortes por todo el cuerpo, hilos de sangre que les caían de la boca y los dedos, lágrimas negras que salían de las cuencas vacías y oscuras de sus ojos... Miradas muertas e inexpresivas acompañadas de una tétrica sonrisa sangrante dibujada en el rostro, de oreja a oreja. Sin embargo, y a pesar de las horribles deformidades de los cuerpos, el joven leñador pudo

descifrar la identidad de uno: su hermano pequeño.

—¡iMike!! —chilló, escandalizado.

En ese preciso momento, la bruja y su siervo se giraron hacia la ventana, sorprendidos por saberse descubiertos. Las miradas de las tres criaturas se cruzaron durante un breve lapso de tiempo, hasta que el muchacho descubrió algo espantoso en aquel hombre: en la mejilla derecha de su rostro tenía gravada otra cara.

«¡Es la cara del Demonio! ¡Tiene esculpida la cara del Diablo en el rostro! No es posible, ¡tengo que salir de aquí ahora mismo!» se dijo el joven, escandalizado.

Fuera como fuese, el muchacho no se lo pensó dos veces: dio media vuelta y salió corriendo. Ni por un segundo se giró para mirar atrás y comprobar si le seguían. Tan solo, con la mirada horrorizada al frente, corrió, corrió y corrió lo más rápido que sus ágiles piernas le permitieron. La oscuridad de la noche envolvía por completo el bosque, pero sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, y su mente adaptada a la forma del bosque, le ayudaron a encontrar fácilmente la salida y el camino de regreso a casa. Mientras, en su rápida carrera por escapar del horror, se había tropezado y caído varias veces y se había hecho varias magulladuras y moratones... pero al fin y al cabo, estaba vivo. Al contrario que Miriel... y Mike.

Nada más llegar a Darkville, el chico se dirigió hacia la residencia del alcalde, sin importarle que fuera tan tarde, ya pasada la medianoche.

Con el semblante pálido, los ojos desorbitados, tartamudeando y temblando todavía de miedo, el muchacho comenzó a narrar su aterradora vivencia... Y no fue hasta bien entrada la mañana cuando por fin terminó de relatar su terrible experiencia en el bosque.

Para entonces, ya se había tomado una decisión.

Capítulo 3

31 DE OCTUBRE DE 1650

«Saber que vamos a morir lo cambia todo. Sientes las cosas de un modo diferente y las hueles muy distintas. Sin embargo, la gente no aprecia el valor de sus vidas. Siguen bebiendo un vaso de agua, pero no la saborean».

—«El juego del miedo», Saw.

□ — □ ● □ ● □ — □

Darkville

31 de octubre de 1650

Tarde o temprano, Eternia sabía que vendrían a por ella. Solo era cuestión de tiempo. Mucha gente sospechaba que era algo más que una mujer extraña, alejada y apartada de la sociedad y de todo ente humano; recluida en una vieja cabaña en mitad de un bosque que nadie se atrevía a cruzar tras la caída del crepúsculo. La palabra «bruja» flotaba en el ambiente, pues estaba en las bocas y expresiones aterradas de los pueblerinos. Pero, pese a intuirlo, nadie podía acusarla de brujería sin tener una prueba convincente que lo testificara.

Hasta ese día.

Aquel muchacho escurridizo había presenciado toda la escena del Sacrificio, había sido testigo del todopoderoso hechizo que le había devuelto parte de la juventud y la belleza, y además, había descubierto que ella estaba tras las desapariciones. Y luego había huido, había volado como el viento, corrido como alma que se lleva el Diablo sin que ella pudiese impedirlo ni hacer nada por evitarlo. Solo era cuestión de tiempo que la descubrieran, y ya lo habían hecho.

Era una fría y oscura noche de 31 de octubre vacía de luna y estrellas, ideal para continuar practicando el complejo arte de la Nigromancia.

A pesar de haber conseguido ser relativamente joven y bella, Eternia seguía sin ser inmortal. El hechizo siempre funcionaba igual: primero parecía que había resultado a la perfección pero luego fallaba y remitía, e incluso se volvía en su contra. En aquella gloriosa noche anterior, la del 30

de octubre, había conseguido pasar de ser una horrible anciana decrepita a una bella jovencita de no más de veinticinco años. Y ahora, una noche después del hechizo y del gran cambio, se había convertido en una cuarentona con un conjunto de canas incipientes. Eternia, pues, lo sabía muy bien: el hechizo poseía un efecto rápido... pero esos efectos eran pasajeros y velozmente se mitigaban. Las consecuencias siempre eran las mismas: rápido envejecimiento, modificación y cambios en el cuerpo, y alteración de la belleza. Pero sobre todo, debilitación física y mental. Y era por eso por lo que no había podido impedir la huída del niño; ni siquiera había podido marcharse de Darkville.

Y ahora, los habitantes de dicha aldea la buscaban para acabar con ella de una vez por todas. Sus vecinos estaban sedientos de sangre, de su sangre, pues clamaban venganza contra ella por los terribles asesinatos que había cometido con sus niños. Su ejecución era necesaria, era la solución de aquel tétrico asunto que se había extendido por todo Darkville y sus alrededores desde hacía meses.

Su muerte era inminente.

—¡Ya están llegando, mi señora! —la alertó Knor, su fiel siervo—. Están avanzando por el sendero del bosque. Desde aquí se pueden ver las luces de sus antorchas. ¡Esos fuegos refulgen intensamente, al igual que el odio y la ira que sus patéticos corazones deben sentir por la pérdida de sus hijos! ¡Y no dudarán en hacer caer todo el peso de su venganza contra vos!

Eternia aulló de rabia y derrumbó una silla de una patada.

—¡Cállate y déjame ver, estúpido! —le gritó la mujer a la vez que lo apartaba de un fuerte empujón que lo lanzó al suelo.

Eternia se asomó a la polvorienta ventana. La profunda oscuridad envolvía el bosque: se podía decir que una espesa calma y un silencio abrumador se habían adueñado del paisaje casi por completo, creando así una atmósfera siniestra, propia de las noches frías y carentes de brillantes astros celestiales. En definitiva, podía parecer una noche normal, como otra cualquiera...

Pero la Nigromante sabía perfectamente que esa noche iba a ser muy especial porque cambiaría su destino... y el de la aldea.

Si miraba fijamente hacia el punto en el que se situaba el sendero y si se concentraba lo suficiente —cosa que en aquellos momentos le costaba enormemente—, podía ver diversos puntos luminosos flotantes. Tal vez eran los fuegos de las antorchas de sus enfurecidos vecinos.

—¡Maldición! —masculló la Hechicera, furiosa con el mundo entero: con los desagradables niños que había matado a sangre fría —sus padres deberían agradecerle el haberles liberado de semejantes engendros del demonio, pues los niños eran inútiles y solo servían para estorbar!—, con sus vecinos hipócritas que presumían de ser bondadosos y leales pero lo cierto era que todos ellos no eran más que una pandilla de cotillas, falsos y chismosos que se alegraban de las desgracias ajenas, imputaban delitos falsos a otros y no aceptaban nada ni nadie que fuera diferente a ellos, a sus ideas, creencias y costumbres. También estaba disgustada con el hechizo de El Libro de las Sombras porque llevaba gran parte de su vida dedicándose en cuerpo y alma a él, y todavía no había obtenido un buen resultado. Estaba enfadada con Knor, aquel desgraciado patán que tenía por ayudante y que en realidad no le servía para nada. Y por último, estaba descontenta con ella misma, pues hace tiempo debió recoger sus escasas pertenencias y abandonar ese esperpéntico pueblucho plagado de dementes.

—¡No desespere, mi señora! ¡Todavía estamos a tiempo de hacer algo antes de que lleguen esos bastardos! —la alentó Knor; sin embargo, Eternia pudo detectar en su voz cierto matiz de preocupación, urgencia y... ¿miedo?

—¡Sí, claro que podemos hacer algo! Por ejemplo, puedo dejarte aquí solo y mientras que esa colectiva de energúmenos paga las consecuencias de nuestros crímenes contigo, yo huyo de esta horrorosa aldea! —le espetó airada la bruja, con tono cruel.

Knor la miró angustiado, presa del pánico y del asombro. ¿Acaso su ama iba a huir y lo iba a dejar a él como responsable de todo? ¿Lo iba a traicionar?

Eternia suspiró y puso los ojos en blanco: ese bobalicón se lo creía todo. De ninguna manera lo iba a dejar abandonado y a su suerte para que cargara él solo con el peso de las terribles consecuencias. Todo esto había ocurrido por su culpa, había sido su ambición y su sed de poder lo que les había llevado a ambos a aquella desesperada situación. Eternia lo sabía perfectamente: ella era la «bruja mala» del cuento y había arrastrado a ese hombre marginado al «lado oscuro», a su más absoluta y amarga perdición. Juntos se habían hundido en la oscuridad, y precisamente juntos estaban sucumbiendo a ella... Definitivamente, no podía huir sin más y traicionarlo de aquella manera tan despiadada y mezquina.

Y es que ella, en el fondo de su oscuro corazón, amaba a Knor —aunque nunca lo admitiría, y de hecho, nunca se lo había dicho ni le había mostrado actos afectivos—. Al fin y al cabo, ella lo había conocido cuando era un bebé, lo había recogido y se había encargado de cuidarlo y de protegerlo, en cierta medida, de los pueblerinos de Darkville. Knor había nacido con una deformidad en el rostro y aquella circunstancia lo había

convertido en un ser diferente al resto: especial y único para Eternia, pero un monstruo para el resto de aldeanos. Y si esa gente descubría el «problema» de Knor, no dudaría en acusarlo de tratos con el Diablo, posesión del Demonio, brujería, o a saber qué tonterías más.

Eternia no sabía cómo había llegado a cogerle tanto cariño a ese patán, ni siquiera sabía por qué había decidido recogerlo en el bosque cuando lo vio veinte años atrás—si su propia madre lo había abandonado, ¿por qué tenía que hacerse cargo ella?—; pero lo cierto es que cuando se acercó a verlo, aquel horrible bebé la miró fijamente y le sonrió en vez de asustarse por su obvia fealdad como todos hacían cuando la veían. Así que, tal vez por eso, o porque Eternia se había sacrificado demasiado por la magia sin plantearse la idea siquiera de formar una familia, o porque estaba cansada de estar siempre sola y al final la soledad se había convertido en algo pesado y aburrido, o tal vez porque necesitaba un siervo que la ayudara en su labor... Tal vez por todo ello o por nada en particular, la balanza se había decantado por «adoptar» a ese niño, a esa criatura de las tinieblas; odiado, marginado y repudiado nada más abrir los ojos al mundo.

Y por todo eso, la bruja estaba más que decidida: o los dos se salvaban o los dos caían derrotados, pero no iba a permitir que Knor saliera mal parado si le quedaba un hálito en sus fuerzas para evitarlo.

—¡Se acercan! ¡Ya están llegando! Puedo escuchar sus gritos de odio, sus cánticos de ira y sus promesas de venganza cargadas de rabia y locura —la informó Knor, pegado a la ventana.

Era cierto: ya se podían divisar las siluetas nítidas de sus vecinos en su marcha decidida por el sendero del bosque, sus gritos coléricos y furiosos, sus brazos en alto a la vez que agitaban violentamente los puños fuertemente apretados. Algunos cargaban con antorchas, otros con todo tipo de armas: cuchillos, picos y palas, hachas, palos y rastrillos. Parecía que todo Darkville se había conglomerado en el bosque para vengar a sus niños.

La Hechicera suspiró y se dirigió a Knor:

—Está bien, ya no nos queda tiempo para huir. Además, aunque lo tuviéramos, no llegaríamos muy lejos: el hechizo de ayer me dejó exhausta. Ya sabes que consume mucha energía y... luego se revierte, como siempre —Eternia agitó la cabeza, pensativa—. Tiene que haber otra cosa que podamos hacer...

La mujer extendió un brazo y lo sacó por la ventana. Luego cerró los ojos y una expresión de profunda concentración apareció en su rostro. Solo tuvo que pronunciar las palabras adecuadas y, acto seguido, las raíces de los árboles emergieron de lo más profundo de la tierra y se entrelazaron

entre sí formando una tupida, densa y punzante enredadera de espinosas rosas negras de más de tres metros de altura que rodeaba la casa al completo. Era una barrera de protección, no demasiado convincente, pero al menos eso entretendría a sus coléricos vecinos y le daría algo más de tiempo para pensar un plan.

«*Teletransportación, invisibilidad, mimetización con el entorno...*» pensaba Eternia, apresuradamente. Pero ninguna idea la convencía, dado que el teletransporte requería una energía que en aquellos momentos no poseía, y la invisibilidad y mimetización solo lograría ocultarlos, pero no por mucho tiempo. Además, aunque no fueran visibles a los ojos humanos, éstos sí que podían escuchar si emitían cualquier sonido, un ruido o lo que fuera... y Knor era un ruidoso por naturaleza.

La Nigromante paseó la vista por toda la sala en busca de algo que la ayudara... ¡cualquier cosa!

Y al final, lo encontró.

En uno de los estantes había dos muñecos elaborados con tela y paja. Probablemente pertenecerían a algún mocoso o mocosa que Knor había secuestrado días atrás para el Sacrificio. Mira por donde, deberían de agradecerle a algún chiquillo estúpido la idea de llevar consigo algún muñeco.

Porque Eternia sabía perfectamente qué hacer con ellos: esos juguetes iban a ser su salvación.

La bruja tomó los dos muñecos de la estantería y los analizó detalladamente. Eran un muñeco y una muñeca de trapo, tela y paja. Sus ojos eran dos botones grandes y negros como la mismísima noche, ambos tenían cosida con hilo rojo una enorme sonrisa que les cruzaba toda la cara de lado a lado. Sus cabellos estaban elaborados con lana dorada, que se hallaba cosida a la cabeza. El muñeco llevaba el cabello recogido elegantemente en una coleta con una cinta negra. La muñeca lo llevaba suelto y encima de la cabeza portaba una cinta oscura con un enorme lazo negro. Los atuendos que llevaban ambos estaban elaborados meticulosamente; el diseño de ambos trajes estaba hecho con mucho cuidado para que se pudieran distinguir perfectamente todos los detalles que habían sido trabajados en esos diminutos trozos de tela. Desde luego, aquel que había cosido los trajes tenía buena mano con las tijeras y el hilo.

La Nigromante ladeó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—¡Knor! ¡Ven aquí inmediatamente y ayúdame! Ya sé cómo nos vamos a

librar de esta...

Su fiel siervo se situó ipso facto al lado de su señora y escuchó atentamente aquello que su terrible ama había ideado hacer con los dos muñecos. Era un conjuro difícil pero probablemente daría un buen resultado... Y aquella desquiciada gente no los encontraría nunca. ¡Jamás!

Eternia echó la cabeza hacia atrás y estalló en espantosas carcajadas que fueron secundadas por las de Knor. Luego, se pusieron a trabajar con El Libro de las Sombras con su hechizo de «posesión de muñecos y otras criaturas inertes».

Fuera, un gran rayo iluminó el cielo y lo dividió en dos. En la lejanía se escuchó un trueno. La tormenta pronto se desataría sobre Darkville.

(***)

Los pueblerinos estaban cansados. Habían realizado una marcha agotadora por el bosque de Darkville hasta hallar la guarida de la Bruja del Bosque. Y una vez que llegaron hasta allí se habían encontrado con una inmensa barrera infranqueable que rodeaba la casa de la Hechicera: una muralla plagada de punzantes pinchos y espinas. Pero los aldeanos sabían de sobra que aquello era antinatural, pues no era una creación del propio bosque, sino que estaba creado con magia negra. Esa maldita bruja quería retrasar su venganza pero no lo conseguiría: al final sus queridos niños cruelmente asesinados por esa mano diabólica serían vengados, y así, por fin podrían descansar en paz. No solo se trataba de venganza, también era justicia.

Todos trabajaron duro para romper aquella barrera mágica. Con cuchillos, picos y hachas cortaron las raíces, talaron las enredaderas, quitaron los pinchos. Fue costoso y agotador; parecía que nunca lo iban a conseguir, pero al fin lograron abrir entre la muralla un hueco que llevaba hasta la puerta de la casa de la bruja. Para entonces se había producido una terrible tormenta y el aguacero caía sobre ellos, mojándolos y calándolos hasta los huesos del tuétano.

—¡Abre la puerta, maldita! —gritaban, mientras aporreaban el gran portón de madera con todas sus fuerzas—. ¡Abre, o echaremos la puerta abajo! ¡No tienes escapatoria posible! ¡Por muchos impedimentos mágicos que nos pongas por el camino, te atraparemos! ¡Vengaremos el asesinato de nuestros hijos, la terrible muerte que tú les diste! ¡En Darkville no hay lugar para criaturas que pactan con el Diablo! ¡Dios está de nuestro lado! ¡Ha llegado tu hora, maldita bruja! ¡Abre y enfréntate a tu destino!

Pero la puerta era fuerte y resistía a los golpes que los furiosos pueblerinos le asestaban. Finalmente, ésta cedió, y un grupo de personas

—los más valientes— entró en la cabaña.

Lo que encontraron allí fue desolador: todo estaba hecho un desastre, pues los escasos muebles de la estancia se hallaban volcados y destrozados; parecía que un inmenso tornado hubiera paseado a sus anchas por la habitación, destrozando todo a su paso.

—¡Brujería!

Un vecino señaló los libros, cirios, frascos con desagradables contenidos y los cadáveres disecados de animales. Todos dieron un paso hacia atrás, nadie se atrevía a tocar nada.

—¡Mirad! —exclamó otro, señalando los cuerpos inertes, inmóviles y sin vida de la Nigromante y su sirviente.

Estaban en el suelo, en un lado de la sala, caídos en una postura poco casual. Pero, ¿estaban muertos, así como así? ¿Es que habían preferido suicidarse a sufrir el terrible castigo que se les imponía a aquellos que practicaban la brujería? Sí, probablemente suicidarse era mejor que morir abrasado en la hoguera, convertido en una antorcha humana...

Algunos aldeanos suspiraron aliviados porque, después de todo, no tendrían que enfrentarse a la temida bruja. Otros, llenos de ira, maldijeron el no haber podido ejecutarla tal y como se merecía y así haber vengado correctamente a sus niños.

Al final, optaron por desvalijar la casa de la Nigromante y quemaron en una enorme pira todo aquello que vincularon con la magia negra: los libros, los frascos junto con sus contenidos, los cadáveres disecados, los cirios inscriptos con extraños símbolos, y todos aquellos artilugios que consideraron extraños o peligrosos. Finalmente, a esa inmensa hoguera también se les sumaron los cuerpos sin vida de la Hechicera y su fiel siervo. Después de todo, no iban a quedar impunes de las terribles llamas del fuego.

Y ni siquiera la fuerte tempestad pudo apagar las llamas de la justicia.

(***)

Las semanas pasaron lentamente y así se sucedieron también los meses, y con ellos, los años. Para entonces, todos los habitantes de Darkville habían olvidado el incidente, años atrás, que había ocurrido aquel 31 de octubre de 1650 en el bosque. Ya nadie recordaba a la bruja Eternia ni a su leal siervo Knor. Los pueblerinos habían rehecho sus vidas, continuaban con sus labores. No hubo más desapariciones de niños, más inundaciones y sequías; tampoco se dieron catastróficas enfermedades ni

plagas que acabaran con la cosecha.

Todo era calma, paz y armonía. Era como si Eternia, la malvada Hechicera, nunca hubiera existido... Como si todo lo que ocurrió años atrás hubiera sido producto de un mal sueño.

Pero, a veces, los sueños se cumplen y, a su vez, las pesadillas también. Éstas, nunca desaparecen, nunca se evaporan y salen volando para no volver. Al contrario, se quedan con nosotros porque forman parte de nosotros mismos.

Y aquella oscura noche del 31 de octubre de 1650, noche sin estrellas ni luna; Eternia la Nigromante juró regresar, algún día, para terminar con lo que empezó. Porque ella tenía una ambición, un gran sueño que deseaba cumplir a toda costa...

Aunque tuviera que esperar 365 largos años para regresar a la vida.

• ~εΙ3~ •

En una vieja y desvencijada cabaña de madera, una pequeña muñeca hecha con trapo, tela y paja que había sido totalmente olvidada e ignorada en un rincón, sonrió...

Capítulo 4

31 DE OCTUBRE DE 2015

«¡Bienvenido a mi morada! Entre libremente, por su propia voluntad, y deje parte de la felicidad que trae».

—«Drácula», de Bam Stoker (1992).

□ — □ ● □ ● □ — □

Darkville

2015

Darkville era un pequeño pueblo, una minúscula aldea perdida en la nada. Era tan diminuto que ni siquiera aparecía señalado en ningún mapa. El censo local indicaba que residían en ese aburrido lugar alrededor de trescientas personas, y la mayoría eran ancianos que habían pasado toda su vida allí, sin atreverse a abandonar la aldea. Sin embargo, los jóvenes se habían marchado del pueblo hacía mucho tiempo y se habían trasladado a la gran ciudad; un lugar en el que encontrar mejores oportunidades para vivir y un buen empleo, estable y duradero. Porque ese era, precisamente, otro problema: en Darkville no había nada que hacer. Mientras que los ancianos veían su vida pasar desde el portal de sus casas, los jóvenes se aburrían. Las pocas infraestructuras e instalaciones deportivas y lúdicas de aquel poblado estaban casi deterioradas, y la escuela y el hospital más cercanos se encontraban a treinta kilómetros del lugar. La comunicación con los medios de transporte era inexistente, puesto que no había ningún autobús u otro tipo de vehículo que no fuera el coche propio para salir de allí. El pueblo más cercano a Darkville era Coldwinter y se hallaba a más de doscientos kilómetros. Coldwinter no era una gran ciudad, es más, ni siquiera estaba considerada como tal; pero al menos allí habitaba el triple de gente que en Darkville y sus gentes no huían despavoridas en busca de diversión y un futuro estable y seguro. O al menos no se morían... de aburrimiento.

A parte de ser un pueblo pequeño y aislado de la civilización, Darkville se caracterizaba por sus extensos, húmedos y frondosos bosques de árboles altos y tupidos rodeados de musgo y helechos: su vegetación siempre estaba verde en cualquier época del año. Pero ante todo, aquella aldea

poseía cierto hálito de misterio que envolvía el lugar. Y es que, aquel siniestro pueblo siempre estaba cubierto por una densa niebla grisácea —sobre todo predominaba en las primeras horas de la mañana y al anochecer—, llovía a caudales en cualquier estación del año —no importaba si era invierno o verano—, el cielo siempre estaba encapotado de espesos nubarrones oscuros y, sobre todo, el ambiente era muy frío. Realmente era muy curioso ver el sol alguna vez y cuando eso ocurría, los escasos vecinos salían a pasear y se les podía observar tomando el sol en los parques o en las terrazas de sus casas. Las palabras «luz» y «calor» no existían en aquel pueblo tan oscuro y sombrío.

Sin embargo, no era la nula comunicación con otros pueblos, el frío, la niebla, la lluvia o la oscuridad lo que convertían a Darkville en un poblado tétrico y lúgubre: eran las diversas historias que se contaban de ese lugar; historias aterradoras que habían pasado de boca en boca a lo largo de todas las generaciones, que se extendían en el tiempo y que, irremediablemente siempre llegaban a la misma conclusión. Se decía que Darkville era un lugar embrujado y que sus habitantes estaban malditos. Se rumoreaba que, hacía cientos de años atrás, en aquella aldea habían vivido monstruosas criaturas malignas y perversas, y que una temida Hechicera sentenciada a muerte había maldecido al poblado y a sus habitantes haciendo que su terrible maldición perdurara en el tiempo y llegara hasta los días actuales. Por eso Darkville siempre estaba rodeado por una grisácea niebla húmeda, siempre llovía y la oscuridad lo envolvía en su totalidad. La maldición, además, había provocado que los jóvenes se fueran y que Darkville se convirtiera poco a poco en un lugar triste y aburrido, solo habitado por ancianos.

Los vecinos más incrédulos no hacían caso de las habladurías y afirmaban que eso era una ridiculez y que si Darkville poseía esas características climáticas no era por una antigua maldición sino por su localización geográfica al norte del globo terráqueo.

Mas, en toda leyenda hay una parte de verdad que siempre se haya oculta en las sombras... Una verdad que nadie conocía y que había quedado enterrada en las tinieblas desde hacía más de trescientos años. Sin embargo, en esa noche de 31 de octubre de 2015 volvería a salir a la luz, pues sería descubierta por una inocente niña...

El último Sacrificio de Eternia, la Bruja del Bosque.

(***)

Darkville

31 de octubre de 2015

Noche de Halloween

—¡Truco o Trato! —clamó la niña, al igual que hacía en cada casa por la que pasaba.

—Lo siento, cariño; pero las chucherías hace tiempo que se me terminaron. Si hubiera sabido que ibas a pasar por aquí, te habría reservado algunas, tesoro —contestó tristemente la Sra. Parks, una agradable anciana muy querida por todos en el pueblo.

—¡Oh, no se preocupe, Sra. Parks! ¡Mire todas las golosinas que he conseguido! —la tranquilizó la chiquilla, a la vez que le enseñaba una cestita con forma de calabaza que contenía diversidad de chicles, caramelos, piruletas y demás chucherías de todas las formas, tamaños y sabores posibles—. Tengo muchas golosinas, las justas para que me salgan un montón de caries. Así que, creo que puedo prescindir de las tuyas por esta noche, Sra. Parks.

—¡Cómo me alegro de que te lo hayas tomado así de bien, querida! Aunque me sabe tremendamente mal no tener nada que darte... ¡Espero que no me estrelles huevos en la puerta de casa, o que me decores los árboles con papel higiénico! —bromeó la anciana entre risas, y la pequeña se le unió a sus carcajadas—. Por cierto, preciosa, ¿de qué vas disfrazada?

La niña rió y dio una vuelta completa sobre sí misma para que la mujer pudiera apreciar su traje al completo:

—¡Esta noche soy Caperucita Diabólica! ¿A qué es original? ¡Todos los niños van disfrazados de vampiros, fantasmas, brujas o zombis! ¡Y yo me he cansado de los trajes tradicionales! Quería probar algo distinto, ir diferente... Por eso le pedí a mamá que me hiciera un disfraz original, ¡y aquí está el resultado! ¿Le gusta, Sra. Parks?

La anciana observó a la chiquilla de arriba a abajo. Llevaba la cara cubierta de polvos blancos que la hacían parecer más pálida de lo habitual, se había pintado ojeras malva y se había perfilado en negro sus bonitos ojos verdes. Sus labios estaban pintados de un profundo morado oscuro, y se había dibujado hilos rojos de sangre que le salían de las comisuras de los labios. Su largo cabello claro estaba recogido en dos trenzas y decorado con gomitas y abalorios de arañas y murciélagos. Iba vestida con una blusa blanca manchada de rojo, una falda negra, unos viejos leotardos grises, desteñidos y rotos en las rodillas, y unas desgastadas botas oscuras. Para acabar de completar su atuendo, la niña llevaba sobre los hombros y anudada al cuello con un elegante lazo, una capa escarlata bordada a mano con detalles majestuosamente cosidos

como fantasmitas, calabazas, murciélagos y arañas.

—Sí, me gusta. Desde luego, tu madre ha hecho un magnífico trabajo con esa capa, tesoro —afirmó la entrañable viejecita.

Caperucita Diabólica rió y agradeció los cumplidos de su vecina. Después de intercambiar unas cuantas palabras más con ella, se despidieron.

—¡Ten mucho cuidado en esta terrorífica noche de Halloween, Caperucita! No se sabe si oculto entre las sombras puede acechar el Lobo Feroz...
—bromeó la anciana.

—¡Descuide, abuelita! Esta noche será el Lobo Feroz quien me tema a mí... —se burló Caperucita, despidiéndose por última vez de la anciana.

Porque, realmente, aquella sería la última vez que la vería.

(***)

Caperucita odiaba Darkville con todo su ser. Ella solía decir que era un pueblo fantasma, donde la gente o se largaba o se moría allí mismo de aburrimiento. Era una aldea pequeña y casi deshabitada, sin nada en lo que un niño pudiera emplear su tiempo para divertirse. Además, normalmente a las seis de la tarde ya era de noche y como siempre llovía no se podía salir a ningún sitio.

Excepto aquel día.

Caperucita pensaba que ese 31 de octubre de 2015 iba a ser el mejor Halloween de la historia de Darkville. En primer lugar, porque solo había chispeado un poco por la mañana pero en el resto del día no había caído ni una sola gota del cielo aunque el ambiente se mantenía frío, como de costumbre. Incluso ahora, a altas horas de la noche, el cielo se hallaba considerablemente despejado; ni siquiera había rastro de luna o estrellas que acompañaran la oscuridad del firmamento. En segundo lugar, era el mejor Halloween porque por primera vez sus padres la dejaban salir sola a pedir el famoso «Truco o Trato». Y por último, Halloween era la única época del año en la que todos parecían estar felices, pues tanto niños como adultos se divertían preparando durante todo el mes de Octubre la tradicional fiesta: ideaban y confeccionaban disfraces, adornos aterradores para sus casas y jardines, e incluso preparaban manjares aterradores y asquerosos como la gelatina verde de «sesos de zombi» que preparaba la tía de Caperucita.

La chiquilla se paseaba alegremente por las iluminadas calles de Darkville contemplando las guirnaldas de murciélagos que adornaban las calles, los

jardines decorados de sus vecinos, y saludando a algún que otro niño.

Tras terminar de realizar su recorrido por las casas y conseguir unos cuantos caramelos más, Caperucita no sabía qué hacer. No quería regresar a su casa, pues la noche era bella y había que aprovecharla al máximo. Estuvo pensando que podía hacer, hasta que finalmente, se le ocurrió una idea: visitaría el Cementerio de Darkville situado a las afueras de la ciudad, justo en el corazón del bosque.

Con un gritito de emoción, Caperucita emprendió su camino hacia la sombría arboleda... sin tener en cuenta si encontraría en su recorrido a un temible Lobo Feroz.

(***)

«¿De quién es ese grito agónico? No es de una persona torturada, solo es el ulular de un búho. ¿De quién es ese aullido? No es del Lobo Feroz, solo es el silbido del viento. ¿De quién es esa figura deformada que se interpone en mi camino? No es un horrible monstruo, solo es un viejo árbol. ¿Qué es eso que me acaba de agarrar un pie? No es un muerto que sale de su tumba, solo es una planta. ¿Qué es eso que puedo sentir que al mismo tiempo cruje, gruñe y gime? No es una rama rota, tampoco es una bestia salvaje o un alma en pena... ¡Es mi estómago que me reclama a gritos COMIDA!» pensó Caperucita Diabólica mientras se sostenía con una mano su estómago, cuyos quejidos eran el único sonido que reinaba en el bosque.

La chiquilla se había comido por el camino unas cuantas golosinas pero el hambre seguía estando presente, no remitía. La niña sabía que era una mala idea zamparse de un tirón todas las chucherías, pues le podrían sentar mal y se podría poner enferma... Además, no quería acabar tan pronto con todos los caramelos que tanto le habían costado conseguir.

Caperucita sabía que llevaba ya horas caminando por aquella oscura arboleda, o al menos, el tiempo allí se le hacía eterno, pues no parecía transcurrir. El bosque de Darkville era muy extenso y frondoso, y era muy fácil perderse en él. De hecho, en el pueblo había tres reglas: quedaba totalmente prohibido ir solo al bosque sin la compañía de otra persona, no se podía entrar en el bosque después de la puesta de sol, y tampoco estaba permitido adentrarse más allá de un cierto límite, el cual se señalaba mediante un cartel que rezaba «PROHIBIDO EL PASO». La niña había infringido las tres reglas pues iba completamente sola, era de noche y hacía ya una eternidad que había pasado de largo por el cartel. Y por si eso fuera poco, se había despistado por un breve lapso de tiempo y sin quererlo se había desviado de la senda que llevaba hacia el Cementerio de la aldea. Con lo cual...

¡Estaba perdida!

La chiquilla trataba de evitar pensar en todas las aterradoras historias que se contaban sobre ese bosque mientras avanzaba entre la densa niebla que lo envolvía y se sumía en su letal manto de oscuridad. No había luna en el firmamento, ni siquiera brillaba una diminuta estrella que la guiara en su oscuro trayecto hacia ninguna parte. Solo estaba ella, la niebla, la oscuridad y el frío... Caperucita se colocó sobre su cabeza la enorme capucha de su capa escarlata, y se echó ambas trenzas hacia adelante.

«Había una vez un bosque encantado... Un bosque embrujado que estaba maldito... Malditos están aquellos que entran en él... con el fin de descubrir sus siniestros secretos... ¡DEJA DE PENSAR, CEREBRO!» se dijo Caperucita, pues no le gustaba recordar en aquellos instantes todo lo que se contaba en la aldea sobre ese tétrico paraje.

La niña estaba muy cansada, sentía que desfallecería si no detenía su recorrido por un minuto. Pensó en echarse sobre el suelo un rato pero esa era mala idea; ¿qué pasaría si una bestia la pillaba desprevenida y la atacaba? También pensó en trepar a un árbol, al menos en las alturas estaría a salvo, pero... ¡ella no sabía trepar!

Caperucita estaba empezando a desesperarse terriblemente, cuando de pronto lo vio; su salvación...

¡Un sendero!

Seguramente, después de tanto deambular sin sentido había hallado por fin el camino que llevaba hacia el Cementerio... ¡y desde allí, al pueblo!

La niña recuperó de repente todas sus fuerzas que tan solo hacía unos segundos creía perdidas, y alegremente emprendió el camino hacia lo desconocido...

... hacía su verdadero infierno, su más absoluto calvario y la agonía más profunda.

Un camino que nunca desandaría ni volvería a cruzar...

(***)

La cabaña era pequeña y bastante antigua. Parecía que llevara oculta entre la naturaleza desde los albores del tiempo, y sin embargo allí estaba: sólida, imponente, misteriosa. La madera estaba ennegrecida y carcomida, algunos cristales de las ventanas estaban rotos o presentaban grandes grietas por las cuales próximamente se podrían desquebrajar al

completo. No obstante, la puerta estaba allí, totalmente entera.

«¿Vivirá alguien aquí?» no dejaba de preguntarse Caperucita, mientras que aporreaba fuertemente la pesada puerta, que pese a todo, no parecía ceder ante sus fuertes golpes.

—¿Hay alguien ahí?! ¡¡Por favor, si así es, abra la puerta!! Estoy sola en el bosque y me he perdido... Es muy tarde y está muy oscuro aquí fuera... Hace frío y... ¡Hay animales salvajes merodeando! —chillaba desesperada la niña a la vez que golpeaba una y otra vez la puerta—. ¡¡TENGO GOLOSINAS!!

Pero la puerta no se abrió, y a Caperucita no le quedó otra que asumir que estaba sola y perdida, y que nadie iría a socorrerla esa angustiada noche... Sin más, se arregló la caperuza y comenzó a caminar, encogiéndose de frío...

—¿No es «Truco o Trato» lo que siempre decís cuando vais a una casa en Halloween? —preguntó una profunda voz varonil detrás de ella.

Caperucita dio un respingo y se volteó rápidamente para enfrentar a quien la había alarmado de esa manera.

—Pues... esto... quiero decir... yo... Hum... —Caperucita se tironeó de las trenzas—. ¡Ay! Pues, a veces digo «Truco o Trato», pero en otras ocasiones simplemente grito «¡dame caramelos o te ensucio el jardín!»

El chico que había apoyado en el marco de la puerta de la cabaña rió ante el comentario de la niña. Su risa era fresca y melodiosa; y Caperucita, sin saberlo por qué, se sonrojó. Pese a la oscuridad que envolvía el ambiente, aquel joven brillaba con luz propia: su cabello revuelto era tan dorado como los rayos del sol que Caperucita en pocas ocasiones había visto, su piel era tan blanca y luminosa como la luna ausente de aquella noche, y su ojos eran dos pozos de oscuridad... Una oscuridad embriagadora y hechizante que tenía completamente hipnotizada a la pequeña.

—¡Sois muy graciosa! Venid, ¿por qué no os acercáis, preciosa? —la llamó el muchacho, mientras le hacía gestos para que se acercara más a él.

Caperucita se acercó hasta quedar frente a frente, de cara a ese extraño chico... ¿Cuántos años tendría él? ¿Diecisiete, tal vez? Sea como fuere, algo le impedía soportarle la mirada y bajó la cabeza. Entonces sintió los brazos de él rodeándola y acercándola más... La niña sintió que se le iba a salir el corazón por la boca, y cuando sus manos se posaron en sus hombros y sus fríos dedos le rozaron las mejillas, sintió como sus piernas temblaban... Se había puesto muy nerviosa en cinco minutos y no sabía

por qué. Entonces, el joven se inclinó hacia ella y...

Le retiró la capucha.

—¡Así mucho mejor! —rió el muchacho, mientras que una sonrojada Caperucita lo miraba descaradamente con la boca abierta—. ¡Con lo hermosa que sois no deberíais ocultaros tras una capucha! Vuestro rostro es... perfecto.

—Eh... gracias... pero es que... aquí fuera... hace mucho frío —tartamudeó la niña, tratando de decir al menos una frase entera y con sentido.

—¡Oh, por supuesto! Yo no puedo notar lo, pero está claro que vos teneis frío —se disculpó el misterioso muchacho en su típico tono jovial, sin dejar de sonreír. Caperucita se sorprendió mucho ante estas palabras; ¿de verdad que no podía sentir ese horrible frío que calaba hasta los huesos?—. Disculpad mi torpeza, bella dama. Si no es demasiado tarde, me gustaría invitaros a mi humilde morada... Adelante, las damas primero.

El chico se hizo a un lado, realizó una leve reverencia que le salió a la perfección y que de ningún modo le resultó ridícula a Caperucita, y le hizo gestos para que entrara a la casa.

—Bienvenida, querida. Sentiros como si estuviéseris en vuestra propia casa —dijo amablemente el joven tras ella, a la vez que cerraba la puerta a sus espaldas y la cerraba con llave, que luego guardó en su bolsillo.

—Gracias, eres muy amable. Yo... me perdí en el bosque... Hacía frío y estaba muy oscuro... Y luego vi esta casita, así que decidí acercarme... Pero realmente, no creí que viviera nadie aquí —Caperucita paseó la vista por la estancia. Desde luego, la sala era más grande de lo que en un principio le pareció que era la casa; no obstante, seguía siendo demasiado pequeña para vivir. La niña observó una gran mesa de cocina, algunas sillas, estanterías con muchísimos libros y frascos extraños; y por último, una chimenea cuyo fuego crepitaba alegremente e iluminaba tenuemente la habitación.

—Lamento no haberos abierto la puerta antes. Pensé que era algún crío estúpido pidiendo caramelos y que si lo ignoraba se iría... Jamás pensé que mi visitante sería una niña tan linda como vos... —declaró el sonriente muchacho a la vez que hacia otra reverencia y le besaba la mano a la pequeña. Caperucita estaba sorprendida ante la actitud del chico, pues parecía salido de una antigua novela de caballeros—. Si os soy sincero, vivo en esta casa desde hace mucho, mucho, muchísimo tiempo... con mi

preciada hermana.

—Knor, querido, ¿con quién hablas? —demandó una aguda voz femenina.

De la nada surgió una hermosa muchacha cuyas condiciones físicas eran similares a las de su hermano Knor, como ella lo había llamado. Pálida de piel, cabellos dorados y ojos que se alimentaban de oscuridad...

—Lo siento, hermana; no os informé de que teníamos visita. ¡Mirad que niña tan bonita ha venido a visitarnos! —Luego se dirigió a Caperucita—. Disculpad mi torpeza por no haberme presentado antes: yo me llamo Knor, y ella es mi querida hermana Eternia.

La chica avanzó unos pasos hacia Caperucita, la abrazó y la cubrió de besos. Ante el tacto frío y la postura rígida de la joven, a Caperucita se le puso la piel de gallina.

—¡Pero qué niña más linda! Eres justo lo que necesitaba, justo lo que estaba anhelando encontrar durante todo este tiempo... ¡Y ahora apareces! Llegas tarde, querida, pero finalmente ya estás aquí, ya has llegado. ¿Tienes hambre, preciosa? Ve a sentarte junto a la chimenea, que Knor te preparará un delicioso té de flores y galletitas glaseadas.

Caperucita contempló intrigada a la agradable pareja de hermanos. Ambos la miraban fijamente con su sonrisa permanente cruzándoles el rostro. Sin embargo, sus oscuros ojos reflejaban algo siniestro, algo espeluznante que hizo que Caperucita temblara. Todo era extraño en aquellos hermanos tan singulares, desde su refinado comportamiento y sus exquisitos modales que parecían sacados de un antiguo relato de princesas y caballeros, hasta su forma de vestir. Era realmente curioso. Ambos vestían con trajes oscuros de época: el muchacho con chaqueta y pantalón, y la chica con un largo y pomposo vestido negro. Pero había algo más extraño todavía, un detalle que se le había pasado por alto ya que en la oscuridad de la noche no lo pudo apreciar y gracias a la tenue luz del fuego lo pudo distinguir: eran las articulaciones tan marcadas que poseían ambos hermanos, como la de los títeres y las marionetas de las obras de teatro de la escuela.

La muchacha rubia no dudó en agarrar de la mano a la pequeña y llevarla junto al fuego.

—Siéntate aquí, estarás mucho más calentita... ¡Knor, no tardes demasiado en traer la cena! Y acuérdate de echarle nuestro ingrediente secreto al té, ya sabes qué... —La joven tomó asiento en frente de Caperucita, en los cojines que decoraban el suelo, y le susurró en tono confidencial—: es una receta secreta, pero te garantizo que sale un té

buenísimo.

Caperucita asintió, cohibida. La amabilidad de esos dos hermanos era demasiado... sospechosa. Ellos mismos eran demasiado curiosos, incluso la casa era extraña. Pese a que no poseía ningún adorno típico de Halloween, a Caperucita no le gustaba ese entorno... Daba escalofríos. Pero más miedo sintió cuando vio la figura de un gato disecado en una estantería. Seguramente sería un adorno pero parecía tan real...

—¿Cuántos años tienes, querida? —preguntó la chica de dorados cabellos.

—Once.

—¡Perfecto! La edad justa y necesaria —aplaudió la rubia, emocionada.

—¿Sois de Darkville? Nunca os he visto por el pueblo... Y créeme que conozco a todos mis vecinos. Como somos tan pocos... —preguntó la niña de sopetón, sin poderse contener. Nunca había visto a esos jóvenes, y la actitud de esa muchacha ya la estaba incomodando. Antes le había dicho que la estaban esperando desde hacía tiempo, y ahora se alegraba enormemente por su edad... ¿De qué iba todo eso?

—Vivimos en Darkville desde hace muchísimo tiempo, tesoro. Pero es normal que no nos conozca nadie de esta aldea, pues vivimos en esta casa junto a este bosque... Nunca salimos de aquí, y nunca nadie viene a visitarnos, pues la gente teme enormemente este bosque tan sombrío... Pero al parecer, tú has sido la excepción, mi valiente niña —La chica tomó la mano de Caperucita, y ésta no pudo evitar mirar las extrañas articulaciones dobladas de sus dedos, semejantes a la de sus muñecas de juguete. Sus manos estaban muy frías y... lisas como la porcelana—. Por eso nos alegramos mucho de que hayas decidido visitarnos esta noche...

—¿De qué vais disfrazados? —preguntó de nuevo la pequeña, con curiosidad—. Yo soy Caperucita Diabólica...

—Humm... Mi hermano y yo somos los Muñecos Diabólicos, entonces —rió la bella muchacha, y Caperucita suspiró tranquila. Aunque se veía tan real, al fin y al cabo solo era un disfraz.

En ese momento llegó el chico sosteniendo una antigua bandeja de plata que portaba un pequeño plato de porcelana blanca con galletitas y un vaso a juego con el plato, que contenía el té.

—¿No vais a comer vosotros también? —preguntó la chiquilla al ver que la comida solo era para ella y que sus anfitriones la miraban fijamente, esperando que comiera.

—No, preciosa. Nosotros no comemos... Quiero decir, no tenemos hambre... Que aproveche, linda —respondió amablemente el muchacho.

Caperucita se encogió de hombros pero no se hizo de rogar y atacó las dulces pastas y el té. Estaba todo riquísimo, y se estaba arrepintiendo enormemente de haber sospechado de aquellos dos hermanos tan agradables y hospitalarios. Al fin y al cabo, solo eran dos jóvenes que vivían solos en esa casa, que al igual que ella celebraban Halloween y les encantaban los disfraces y adornos creativos, y que además, se habían alegrado muchísimo de recibirla en su casa aquella noche puesto que nunca recibían visitas.

La cena fue acompañada con una animada charla, chistes y canciones. La niña se lo estaba pasando muy bien pero de pronto le comenzaron a pesar enormemente los párpados. Sentía sueño, mucho sueño... Eso no era normal, no era posible... Era el aroma tan dulzón y embriagador del té lo que le estaba produciendo esa enorme somnolencia.

—¿Qué... qué llevaba... el té? —murmuró Caperucita en su último instante de lucidez, pero ya era demasiado tarde: los efectos de ese brebaje ya estaban en su interior y cayó dormida en brazos del chico.

(***)

Fue el inmenso dolor, tan lacerante como cuchillas clavadas en la carne, lo que la despertó. Fue ese olor nauseabundo tan conocido lo que la alarmó. Estaba despierta pero no veía nada. Algo tenía puesto encima de los ojos, una venda que se los tapaba, tal vez. Estaba tumbada de espaldas en una superficie dura e incómoda. Lo peor fue cuando intentó mover un brazo, una pierna, y... ¡no podía! ¡La habían atado!

—¡Ya se ha despertado! —reconoció la voz del joven, cerca de ella.

—¡Otra vez igual! Los efectos de ese maldito brebaje no duran ni quince minutos, pero sin las flores con las que antes lo elaborábamos tampoco podemos hacer más —Esa era la voz de la muchacha, que sonaba un poco más distante—. No importa; continua con tu trabajo, Knor. Sé que es horrible trabajar con la materia en movimiento, ¡para algo los dormimos! Si chilla demasiado y te impide proceder, no tengas compasión: córtale la lengua.

—Sois diabólica, mi señora. Y es por eso por lo que me encanta serviros —rió descaradamente Knor, al mismo tiempo que le retiraba la venda a la niña—. ¡Hola, preciosa! ¡Al fin despertais para pasar un rato de doloroso sufrimiento! Aunque creo que después de todo lo que os voy a hacer vais a dejar de ser tan bonita... —añadió con una nota de lástima implícita en

la voz.

La niña estaba asustada, pues no entendía nada. Estaba tumbada y atada encima de la mesa, con aquel chico tan encantador mirándola de manera escalofriante. Más allá, junto a la chimenea, la muchacha rubia estaba revolviendo con un enorme cucharón el contenido de un gran caldero. ¿De qué iba todo eso? Lo peor fue mirar los largos mechones de cabello —su cabello!— desperdigados por la mesa, y ante todo, los enormes cortes sangrantes que tenía por todo el cuerpo, ¡por eso le dolía tanto!

—¿A qué no adivináis lo que va a continuación? —se burló el chico, sosteniendo en las manos unas grandes tenazas que chorreaban sangre.

—No, por favor, no me hagas daño... —sollozó la criatura, haciendo inútiles esfuerzos por soltarse.

—¡Respuesta equivocada!

Y rápidamente, el muchacho le tomó una mano y le arrancó una uña de cuajo.

Un grito desgarrador resonó por la estancia.

—Y esto acaba de comenzar, querida... Te faltan otras diecinueve uñas contando las de los pies, por supuesto; tus blanquísimos dientes, tus ojos y... tu corazón —le explicó el joven entre terribles carcajadas.

—¿¡Por qué!? ¿¡Por qué me hacéis todo esto!?! —lloró la niña, sintiendo el dolor dominando hasta la última célula de su pequeño y frágil cuerpo.

—Porque queremos algo que tú tienes y que nosotros no tenemos: queremos una auténtica vida, una vida real. Queremos VIVIR —contestó de fondo la rubia, sin volverse a mirarla por última vez.

(***)

Eternia sostenía triunfalmente dos copas que contenían aquella asquerosa mezcla del caldero. Le tendió una de las copas a su fiel ayudante, Knor.

—¿No estarás triste por la muerte de esa insoportable chiquilla, verdad? —le preguntó la muñeca. Para ella, todos los niños eran insoportables y detestables, pero aquella cría se había llevado el gran premio. ¡Tenía clavados sus gritos de agonía y dolor en los más profundo del cráneo! Y aunque para la joven aquello era música celestial para sus oídos, pues le encantaba disfrutar con el sufrimiento ajeno y más aún cuando de críos se trataba, esa vez no pudo soportar tanto griterío agudo. Así que ella misma tuvo que coger las tenazas y arrancarle la lengua de cuajo. Por lo menos así, cuando la maldita mocosa se ahogó en su propia sangre, había dejado

de gritar.

—Reconozco que no me ha gustado nada torturarla hasta la muerte, y esos terribles gritos... nunca los podré olvidar. Pero finalmente ya descansa en paz y será eternamente feliz en el Cielo con esa encantadora sonrisa tan bonita que le he perfilado... —murmuró Knor, echando un último vistazo al cuerpo destrozado, deforme y sin vida de lo que anteriormente había sido una bella niña.

Eternia ladeó la cabeza y lanzó un profundo suspiro de exasperación. Estaba bien claro que a su siervo no le placía mancharse las manos de sangre, puede que incluso le horrorizara. Pero si ella se lo pedía —o más bien, se lo ordenaba— lo hacía sin objetar nada y sin ningún tipo de miramiento. A fin de cuentas, en lo más profundo de su oscuro ser se ocultaba un sádico, solo que tal vez tratara de esconder esa terrible parte de él. No obstante, siempre finalizaba todos los sacrificios perfilándole a las criaturas una sangrante sonrisa en el rostro, que más que bonita —como él afirmaba que era— era tétrica. Pero puede que así se sintiera mejor con él mismo, tal vez incluso pensara que con esa sonrisa dibujada en la cara aquellos niños habían muerto felices, como si no les hubiera importado morir cruelmente asesinados en sus manos a tan pronta edad, como si con esa espantosa sonrisa pudieran alcanzar la paz eterna.

—Sí, bueno. Si este hechizo funciona finalmente, tú y yo no tendremos un Cielo ni un Infierno, Knor... Porque, ¡la vida eterna nos aguarda! En los cuerpos de estos muñecos seremos inmortales, estaremos protegidos, ni una mala enfermedad nos podrá matar... Solo tenemos que parecer humanos ante la vista de los ojos de los mortales, y ya podremos salir de este antro y hacer nuestras vidas... Por fin viviremos, Knor... Para siempre... —sonrió Eternia, esperanzada, al mismo tiempo que chocaba su copa con la de Knor.

—¿Preparada, mi señora?

Los dos Muñecos Diabólicos rieron cruelmente y sus escalofriantes carcajadas resonaron por todo el bosque.

Poco a poco se acercaron la copa a los labios, sabiendo que si este último hechizo salía bien, la inmortalidad les esperaba...

Y habría valido la pena esperar más de trescientos años para cumplir ese sueño tan anhelado.

Capítulo 5

1 DE NOVIEMBRE DE 2015

«Cuando no haya más espacio en el infierno, los muertos caminarán sobre la tierra».

—«El Amanecer de los Muertos Vivientes» de George A. Romero, (1978).

□ — □ ● □ ● □ — □

Darkville

1 de noviembre de 2015

Darkville amaneció con tormenta. Una fuerte tempestad se desató bien entrada la madrugada y no cesó hasta el mediodía, haciendo que todos los pueblerinos se refugiaran en sus casas durante largas e interminables horas.

Potentes truenos y deslumbrantes relámpagos fueron testimonios, desde el cielo, del dolor y el sufrimiento de una joven pareja. El matrimonio en cuestión había residido en Darkville toda la vida. Cada miembro de la pareja, tanto el hombre como la mujer, había nacido y crecido en esa aldea, junto al frío y la oscuridad que la caracterizaba. Se conocían desde la más remota infancia pero a causa de sus diferencias nunca creyeron que en el futuro se enamorarían, se casarían y formarían una pequeña y linda familia.

Thomas Birdwhistle era un intrépido escritor, amante de la ciencia, la cultura, la tecnología y la política. Trabajaba en el periódico local y a él se le debían los artículos más emocionantes, escabrosos y polémicos. Su afición, aparte de la lectura, era el deporte. Thomas era un gran jugador de fútbol, y de hecho, en su escaso tiempo libre siempre encontraba algún momento para practicar este deporte con los niños de la aldea. Además, poseía una colección de sellos de todos los lugares del mundo, y su último novedoso entretenimiento era coleccionar piezas en miniatura de antiguos barcos y veleros de todas las épocas. Thomas era, sin duda, un joven inteligente e inquieto, pero también era muy apuesto: alto, moreno y con una profunda mirada esmeralda.

Por el contrario, su joven esposa llamada Lucille Birdwhistle era una mujer tranquila, de cabellos claros y una bonita mirada añil. Desde que era niña,

Lucille se había interesado por las artes. Había sido instruida en música en el Conservatorio de Coldwinter y tocaba maravillosamente el piano, el violín y el oboe. Su preferida era la música clásica y la ópera, que no dudaba en poner a todo volumen en el coche cuando la familia realizaba largos viajes, ganándose así las miradas reprobatorias de su esposo e hija. Además, la bella mujer tenía buena mano con las tijeras y el hilo, y tal vez por eso se había ganado el oficio de sastre de la aldea. Las manualidades eran lo suyo, pues le encantaba realizar cualquier actividad en la que pudiera plasmar en ella toda su creatividad y originalidad.

El matrimonio tenía una linda hija de once años. Se llamaba Mildred Birdwhistle y era una chiquilla curiosa, entrometida y chillona, pero poseía un gran corazón y una inquebrantable bondad. La noche anterior, la del 31 de octubre, Mildred había salido a celebrar Halloween y a pedir el famoso «Truco o Trato» como era costumbre en esa típica fiesta. Sin embargo, pasaron las horas, una detrás de otra y... Mildred no regresó a casa.

Al mediodía, su madre estaba histérica y echa un mar de lágrimas. Ella misma elaboró la capa del disfraz de Mildred, de Caperucita Diabólica. Se acordaba perfectamente de que cuando se la puso cariñosamente sobre los hombros, le advirtió que no llegara a casa más tarde de la medianoche. Su hija, pese a que era a veces demasiado entusiasta y olvidadiza, siempre obedecía a sus padres... Excepto aquella noche. Las manecillas del reloj corrían dejando atrás más minutos de agonía e incertidumbre, pero Mildred no volvía; no aparecía por ninguna parte.

¿Qué le había ocurrido?

(***)

Cuando amainó la tormenta, el matrimonio dio parte a las autoridades de la desaparición de su querida hija. Y fue así como comenzó un procedimiento rotundo y exhaustivo de búsqueda por todo Darkville. Fue tal la conmoción que causó la desaparición de la chiquilla que el resto de pueblerinos se unió a la policía para tratar de ayudar y agilizar la búsqueda de Mildred Birdwhistle.

Recorrieron todas las calles del pueblo, investigaron en los negocios y comercios, incluso la buscaron en las propias casas de los aldeanos. Por último, un pequeño grupo de búsqueda emprendió el camino que llevaba hacia la escuela, aunque en esos treinta kilómetros de trayecto tampoco la vieron. Mildred no podía haber caminado tanto en una sola noche sin detenerse a descansar. Era imposible. Al igual que era extraño que no apareciera por ninguna parte, pues Darkville era un poblado muy pequeño.

Todo parecía estar perdido; nunca la encontrarían. La última vez que vieron a Mildred iba paseando alegremente por las calles de Darkville... Antes de que la espesa niebla se la tragara.

Thomas maldecía por lo bajo mientras que Lucille lloraba y gritaba desconsoladamente. La Sra. Parks, esa entrañable ancianita, trataba de reconfortar a la joven pareja afirmando que todo se solucionaría y que encontrarían a Mildred. Esa anciana nunca perdía la esperanza, ni siquiera en los momentos más peliagudos.

—¡El bosque! ¡No hemos revisado el bosque! Puede que Mildred esté allí...
—exclamó de sopetón la Sra. Parks haciendo que Lucille se sobresaltara.

—Eso es imposible... Buscarla en el bosque no tiene ningún sentido porque Mildred no iría nunca allí, mucho menos sola y de noche...

—susurró Thomas, agotado—. Nuestra hija tiene terminantemente prohibido poner un pie en ese lugar.

—Es el único sitio en el que no la hemos buscado, y por intentarlo no perdemos nada —apostilló la anciana—. Ayer fue la noche de Halloween, y en una noche como esa, lo imposible puede hacerse real... Sobre todo para una Caperucita que va en busca de su Lobo Feroz.

La pareja se quedó en silencio durante unos minutos y al final optaron por hacer caso de las sabias palabras de la anciana. Solo deseaban con todo su corazón encontrar a su preciada hijita y que estuviera bien...

No sabían lo mucho que se equivocaban.

(***)

En ese gélido día ocurrieron dos hechos asombrosos.

El primero se produjo cuando por fin se encontró a Mildred Birdwhistle en el corazón del bosque de Darkville. Al principio, el equipo de búsqueda solo vio su pequeña silueta recostada bajo un enorme árbol y pensaron que aquella traviesa chiquilla había desobedecido a sus padres al adentrarse sola y de noche en aquel siniestro bosque, y que además, la tormenta la había sorprendido.

No fue hasta que se acercaron lo suficientemente a ella y le retiraron la capucha de la cabeza cuando al fin lo vieron: el pequeño cuerpo mojado, débil, roto y sangrante de una criatura.

Un cadáver medio descuartizado.

Muchos dejaron escapar un grito de sorpresa y terror. Otros retiraron la mirada y trataron de ocultar las lágrimas, mientras que otras personas se

alejaron unos metros para vomitar frente a los matorrales. Todos intentaron hacer una barrera humana para impedir que los desafortunados padres vieran el estado deplorable en el que se encontraba su pequeña, pero pese a sus impedimentos, el matrimonio apartó a la gente y vio la terrible escena.

La pobre Lucille se desmayó en el acto, pues había sido para ella un gran impacto ver así a su hija... O mejor dicho: sus restos. Thomas, por el contrario, gritó y se llevó las manos a la cabeza; estaba al borde de la locura. Y no era para menos.

El cuerpo sin vida de su niña estaba acuchillado y destrozado por todas partes. De los grandes y profundos cortes manaba un gran borbotón de espesa sangre oscura que resbalaba y caía en la hierba, creando un enorme charco granate. Su ropa estaba rasgada, y solo la capa escarlata —que estaba totalmente intacta— lograba cubrirle un poco el cuerpo. La niña no llevaba puestas sus botas; simplemente iba descalza, y de la punta de los dedos de sus diminutos pies salían chorros de sangre, al igual que ocurría con los dedos de sus manos. Además, presentaba un gran agujero sangrante en el pecho, justo en la zona del corazón, cuya sangre gorgoteaba insistentemente cayendo sobre sus piernas y sobre la hierba. La persona que le había hecho eso a Mildred, no contenta con su atroz asesinato, también le había cortado las trenzas; y su antigua y larga cabellera dorada ahora también estaba cubierta de sangre y le llegaba apenas por los hombros. Y no solo eso; aquel engendro le había extraído sus bonitos ojos, que ahora solo eran dos cuencas oscuras y profundas que lloraban carmesí sin parar. Asimismo, de la boca de la pequeña caían hilos de sangre sin cesar. No obstante, lo peor de todo fue contemplar aquella tétrica sonrisa que le perfilaron y que le atravesaba el rostro, completamente deformado.

¿Quién podría haber cometido un acto tan cruel y sanguinario como ese? Y sobre todo, ¿por qué? ¿Acaso el asesino residía en Darkville? ¿Era algún vecino? Todos los pueblerinos se miraron detenidamente entre ellos, tratando de escudriñar un atisbo de culpa en los ojos de sus amigos o familiares...

Pero fue un hecho curioso el que los llevó a dejar a un lado su disputa y centrarse en la cestita con forma de calabaza de Caperucita, que reposaba a su lado y que se encontraba intacta con todas las golosinas que la desdichada criatura había recolectado en la noche de Halloween. Lo más extraño era que en el regazo de la niña reposaban cómodamente dos muñecos de trapo, tela y paja, similares a los muñecos antiguos que no se vendían en Darkville y que nunca nadie había visto que Mildred jugara con ellos.

Misteriosamente, ambos espeluznantes muñecos también tenían perfilada

una gran sonrisa en la cara, de oreja a oreja...

(***)

El segundo fenómeno asombroso que aconteció en ese triste día fue la inesperada llegada de dos forasteros a la aldea.

El hecho se produjo tras el funeral y el entierro instantáneo del cadáver de la pequeña Mildred Birdwhistle, en las últimas horas del atardecer. Pocos aldeanos pudieron ver a los nuevos visitantes, pero aquellos que los vieron no los olvidarían jamás.

Pese a que la inmensa mayoría de pueblerinos tachó a la gente que los vio llegar de «haber sufrido una enajenación a causa del estrés y el miedo de aquel día»; algunos insistieron en que lo que vieron fue real: dos jóvenes adolescentes de no más de diecisiete años surgieron de las entrañas del bosque, y envueltos en el denso manto gélido de la niebla, avanzaron por las calles de Darkville con la vista clavada al frente. Ambos avanzaban con decisión, como si conocieran de sobra las calles de la aldea, y esquivaban a todo aquel que se acercara a ellos para preguntarles su origen y procedencia. Los dos seres vestían con ropajes extraños; incluso para ser disfraces de Halloween eran demasiado peculiares. Las malas lenguas, además, confirmaron que vieron manchas de sangre en el traje del varón.

Y no solo era eso: también fue la actitud fría y desafiante de esas dos extrañas personas la que sorprendió a los vecinos. Los pobres ignorantes nunca olvidarían aquella mirada helada, carente de emociones y sentimientos que les dirigió aquella extraña chica rubia...

Al final los aldeanos solo pudieron observar como esas dos misteriosas criaturas emprendían el camino de salida de Darkville, se adentraban de nuevo en la niebla y sus fantasmagóricas siluetas se disolvían ante sus narices. Tan pronto como habían llegado se habían ido, sin dejar rastro ni huella de su paso por la aldea.

(***)

Eternia y Knor avanzaban lentamente por el polvoriento y embarrado camino que conectaba a Darkville con el exterior. No tenían prisa por llegar a ninguna parte en especial... Claro que, ¿qué prisa podían tener si eran inmortales y tenían toda una eternidad por delante para vivir y hacer lo que quisieran?

Llevaban más de cien kilómetros recorridos sin detenerse a descansar, pero es que no lo necesitaban: sus organismos no eran los mismos que el de un ser humano cualquiera ni poseían las mismas necesidades de una persona común. Sus almas estaban encerradas dentro de dos muñecos

con apariencia totalmente idéntica a la que tendría cualquier persona; solo que... no eran simples personas.

Las necesidades de comer y dormir, así como la sensación de cansancio y agotamiento habían quedado totalmente anuladas para ellos. Dentro de esos cuerpos inalterables de muñecos eran totalmente fuertes y resistentes.

Eternos.

Por el camino, Eternia se burlaba de los pueblerinos y de su patética reacción al verlos.

—Han pasado más de trescientos años y la gente sigue igual —comentaba la muñeca diabólica con odio—. A lo largo de los años las sociedades avanzan. Se producen nuevos descubrimientos, nuevos avances de los que la civilización se siente orgullosa y presume de ellos. Sin embargo, su concepción del mundo sigue siendo la misma: todo aquello que es curioso, extraño y diferente para ellos; todo lo que desconocen y es nuevo para sus ojos... lo critican. Lo rechazan automáticamente. Y no solo eso; además, lo temen. Los seres humanos tienen miedo del cambio, Knor. Miedo de las cosas que no comprenden, que no alcanzan a su entendimiento. He visto el miedo en los ojos de esas estúpidas personas. ¡Creían que nosotros éramos los asesinos de esa desgraciada mocosa! —Eternia lanzó una breve carcajada desganada—. Y no se equivocaban, desde luego. Pero si nos hubiésemos quedado cinco minutos más allí, si nos hubiera visto más gente de la necesaria... Ahora estaríamos entre rejas, Knor. Aunque no tuvieran pruebas contundentes contra nosotros. Pero la sensación de odio, temor e incompreensión les habría llevado a actuar así, al igual que aquella vez en 1650. Y en el fondo, aunque no los entienda, no los culpo por ello.

Knor escuchaba atentamente el discurso de Eternia, interpretando cada una de sus palabras. Las horas pasaron y finalmente llegaron al final del camino, que presentaba dos desviaciones distintas.

—Y es aquí donde, finalmente, nuestros caminos se separan... —susurró la muñeca.

—¿Qué?! ¡Señorita Eternia! ¿No significará eso que estais pensando en...?

—¿Abandonarte? ¡Por favor, Knor, no seas crío! —protestó Eternia, alejándose unos pasos de su fiel siervo—. Llevas viviendo conmigo durante toda tu existencia. Te has manchado las manos de sangre por mí pese a que estabas en contra de mis métodos. Siempre has obedecido mis órdenes, fueran las que fueran, nunca te has puesto en mi contra... Siempre has sido leal a mí y siempre has querido agradarme, a

pesar de que ya me gustabas cuando te encontré en el bosque, por primera vez. Sé que sientes que me debes la vida y que me tienes que devolver el gran favor que te hice salvándote del abandono y la muerte solitaria a la que te condenaron esos seres con menos escrúpulos que yo, pero... Ya basta, Knor. Te mereces ser feliz y si te quedas conmigo no lo serás nunca. ¿Y sabes por qué? Porque estarás viviendo mi vida, no la tuya. Eso es lo que siempre has hecho, ¿cierto?

—Por vos lo volvería a hacer mil veces más —murmuró Knor, con la cabeza baja—. Porque os quiero.

—Y yo a ti, patán. Por eso quiero lo mejor para ti. Escúchame, Knor —dijo la muñeca, haciendo que la atención del aludido cayera en ella—. Durante todo este tiempo has sido mi aprendiz y te he enseñado muchas cosas sobre la vida, la muerte, la naturaleza y los humanos. Ahora solo te pido que sigas investigando por tu cuenta: viaja, rodéate de muchas personas, explora el mundo y saca tus propias conclusiones. Y cuando creas saberlo todo de todo, entonces, búscame. Siempre estaré ahí para ti. Por el momento, solo te pido eso, y lo más importante: vive y sé feliz.

—¿Y vos qué hareis mientras tanto? —preguntó Knor, con voz temblorosa. Seguramente, si hubiera tenido un cuerpo humano estaría llorando a mares pero el cuerpo del muñeco solo podía mirar de manera fría, sin lágrimas, sin sentimientos ni emociones... Una mirada vacía, carente de vida.

Eternia se dio la vuelta, dispuesta a emprender uno de los caminos que la llevarían a un destino incierto donde comenzaría su nueva —y eterna— vida, y miró a Knor por encima del hombro.

—Descansar —fue lo único que respondió, con voz queda.

Knor sabía a lo que su estimada ama y señora se estaba refiriendo: habían pasado más de tres siglos cautivos en una esperpéntica cabaña, limitados en sus formas de muñecos inanimados. Al principio, el hechizo que supuestamente los llevaría a la inmortalidad había transferido sus oscuras almas a un par de juguetes de tela, trapo y paja. Habían tenido que pasar muchos años para que hubieran podido adaptarse a la forma de esos extraños cuerpos, y más años aún para que el primer mocoso humano llegara a la destartalada casa. Con aquel niño —el primero que había pisado aquel sombrío bosque en muchos años— habían realizado uno de sus rituales en busca de la perfecta eternidad, y de esa manera sus cuerpos habían adaptado la forma de dos muñecos semejantes a las marionetas. Pero eso todavía no les hacía parecer físicamente humanos, así que debían de completar otro sacrificio. Habían tenido que esperar muchísimo tiempo; sin embargo, aquel 31 de octubre de 2015 una bonita muchacha se había extraviado en el bosque y había arribado a su hogar pidiendo el tan famoso «Truco o Trato». Al final del todo, era gracias a esa

niña por lo que ahora por fin eran libres e inmortales.

Bendito Halloween.

Sin embargo, una vez obtenida la inmortalidad parecía que todo había perdido el sentido. ¿Qué harían ahora? Eternia y Knor siempre habían sido un equipo, siempre habían luchado juntos, remando cada uno de ellos hacia el mismo bando. Ahora, ¿se separarían sin más? ¿Qué sentido había tenido su existencia, después de todo? Antes, al menos tenían un objetivo en común. Ahora que su tan ansiado sueño ya estaba cumplido, poco más quedaba por hacer.

Sin más, la muñeca dio media vuelta y comenzó a caminar. Su siervo sentía que, pese a su cuerpo gélido, algo quemaba en su interior. Algo extraño que no había sentido nunca en toda su larga vida, algo que ardía profundamente y que escocía.

Y entonces supo lo que tenía que hacer.

Por una vez en toda su trayectoria en este mundo, tomó una decisión. Era ahora o nunca. Sabía que si no se lo proponía y lo hacía inmediatamente, no tendría oportunidad de hacerlo nunca más. O tal vez sí, ¡pero a saber cuánto tiempo más tendría que esperar! Definitivamente, Knor no quería aguardar más, pues la espera ya había sido muy larga.

Con firme seguridad, tomó suavemente de un hombro a su adorada compañera de dorados cabellos y la volteó. La muñeca iba a replicar algo —y tal vez no muy agradable— pero algo en la mirada de su eterno acompañante hizo que enmudeciera de golpe. Los brillantes ojos del muñeco, tan profundos como el mar en una tranquila noche estival, se encontraron con los suyos propios. Su oscura mirada reflejaba un fuerte sentimiento, uno que Eternia nunca tuvo y creyó que nunca tendría ni que nadie iba a desarrollar por ella.

Y por primera vez, la Hechicera Inmortal tuvo miedo. Pero ya era demasiado tarde para retirarse.

Los labios de Knor encontraron los suyos y se fundieron en uno solo. El beso solo duró un parpadeo; fue tan inesperado que terminó tan rápido como empezó. Fue una sensación bastante extraña, pero por un instante pudieron sentir la calidez bajo sus gélidos labios de porcelana. Esa ternura y esa tibieza no la habían sentido nunca antes, y por eso Knor pensó que había valido la pena esperar 365 largos años solo para vivir ese momento.

Y es que al final la vida estaba compuesta por momentos, instantes de felicidad que solo se podían conservar en el corazón y en la memoria. Hechos increíbles que solo podían ser enmarcados bajo la piel, en lo más

*** ¿QUÉ PIENSAS SOBRE QUE LOS DOS PRINCIPALES PROTAGONISTAS DE LA NOVELA SEAN LOS VILLANOS? ¿CREES QUE ES UN PLANTEAMIENTO ORIGINAL?**

*** PESE A SUS FECHORÍAS Y MALDADES, ¿EN ALGÚN MOMENTO DE LA HISTORIA LOGRASTE SENTIR SIMPATIA (O ALGÚN SENTIMIENTO POSITIVO) HACIA ETERNIA Y/O KNOR? SI ES ASÍ, ¿POR QUÉ Y EN QUÉ CIRCUNSTANCIAS?**

*** ¿CUALES SON TUS PERSONAJES FAVORITOS, Y LOS QUE MÁS DETESTAS DE LA NOVELA? ¿POR QUÉ?**

*** ¿CONSIDERAS QUE LA CREACIÓN Y DESARROLLO DE PERSONAJES HA SIDO BIEN EMPLEADA A LO LARGO DE ESTOS CAPÍTULOS? POR OTRO LADO, ¿LLEGASTE A EMPATIZAR CON ALGÚN PERSONAJE? ¿ENTENDISTE LOS MOTIVOS QUE LE LLEVARON A CADA UNO DE ELLOS A ACTUAR Y COMPORTARSE ASÍ? SUS AMBICIONES, MIEDOS, INQUIETUDES, CURIOSIDAD...**

*** ¿QUÉ OPINIÓN TE GENERA LA TRAMA DEL RELATO? ¿TE RESULTA ORIGINAL SU ENFOQUE O CREES QUE HA SIDO UN CLICHÉ MAL UTILIZADO Y DESARROLLADO?**

*** ¿QUÉ PIENSAS SOBRE EL MANEJO DEL *GORE EN LA NOVELA*? ¿CONSIDERAS QUE EN ESAS ESCENAS TENDRÍA QUE HABER DESCRITO MÁS LA SITUACIÓN, O HABER CENSURADO ALGUNA PARTE?**

*** ¿TUVISTE ALGÚN PROBLEMA O DIFICULTAD PARA LEER Y ENTENDER LA HISTORIA? ¿HUBO ALGUNA PALABRA O EXPRESIÓN QUE NO ENTENDISTE? SI ASÍ FUE, ¿QUÉ PALABRA O EXPRESIÓN TE HIZO DUDAR?**

*** ¿QUÉ OPINAS RESPECTO A LA NARRACIÓN, LA MANERA DE REDACTAR? ¿CREES QUE EL TEXTO ESTÁ BIEN COHESIONADO Y QUE MANTIENE COHERENCIA CON LAS DESCRIPCIONES Y LOS HECHOS QUE SE CUENTAN?**

*** ¿LOGRASTE SUMERGIRTE EN LA LECTURA? ¿FUE AMENA O TE RESULTÓ TEDIOSA O PESADA EN ALGÚN PUNTO?**

*** ¿DETECTASTE ALGÚN ERROR O FALLO ORTOGRÁFICO? SI ES ASÍ, ¿PODRÍAS SEÑALARME DÓNDE?**

*** ¿CAMBIARÍAS EL DESENLACE? ¿HABRÍA ALGO DEL FINAL QUE MODIFICARÍAS?**

*** ¿QUÉ PIENSAS SOBRE LA REFLEXIÓN QUE HACE ETERNIA CASI AL FINAL DE ESTE MISMO CAPÍTULO SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD HUMANA A LO LARGO DE LOS AÑOS? ¿ESTÁS DE ACUERDO CON SU DISCURSO?**

*** ¿CREES QUE HAY UNA MORALEJA O ENSEÑANZA DETRÁS DE ESTA HISTORIA? SI PIENSAS QUE SÍ, ¿CUÁL CREES QUE ES?**

*** DIME UN PUNTO POSITIVO Y OTRO NEGATIVO DE LA HISTORIA.**

*** EN LÍNEAS GENERALES, ¿TE HA GUSTADO LA NOVELA? ¿HAS DISFRUTADO DE ELLA?¿VOLVERÍAS A RELEERLA EN ALGÚN TIEMPO? ¿LA RECOMENDARÍAS?**

*** SUGERENCIAS PARA MEJORAR (EN EL CASO DE QUE VEAS ALGÚN ASPECTO MEJORABLE).**

¡¡¡MUCHAS GRACIAS POR LEER, POR TU ATENCIÓN Y DEDICACIÓN!!!